



Núm. 5.º

20 de Diciembre de 1860.

Año I.

VILLANCICOS

PARA CANTAR LOS NIÑOS EN NOCHE-BUENA.

Esta noche es Noche-Buena,
Y mañana Navidad,
Vengan á cantar los niños
Al que nace en el portal.

Él es niño y pobre
Y llora también,
Cantad, y esos cantos
Consuelo le den.

Niño que esta noche nazca
Gran ventura ha de alcanzar;
María será su madre,
Y Reyes le adorarán.

Lo mismo que adoran
Los Magos á aquel
Que vieron pastores
Nacer en Belén.

Una estrella en su camino
A los tres Reyes guió:
Que no nos falte á nosotros

Su divino resplandor.

Que esa estrella pura
Se llama la fé,
Y alumbra la estrella
Del celeste Edén.

De zambombas y rabeles
Suene el eco en derredor,
Que esa música es la misma
Que el Niño Jesus oyó.

Música sublime
Que anuncia quizá,
La que en las alturas
Hoy sonando está.

Muchas Noche-Buenas pasen
Con sosiego y con placer,
Para los que, hombres mañana,
Aun eran niños ayer;

Y nunca nos falten
Al verlas pasar,
La dicha del alma,
La paz del hogar.

M. del P

EL HUERFANITO.

La caridad siembra granos de arena, y recoge granos de oro.

Era la Noche-Buena; era la noche símbolo de aquella en que el Cordero inmaculado dejó la diestra del Eterno Padre para ser el hermano de los pobres y los humildes, y compartir con ellos la desnudez y el sufrimiento. ¡Oh! ¡Bien hace el pueblo cristiano celebrando con cánticos de júbilo infinito ese sublime misterio, que envolvió al mundo en un océano de amor, consuelo y esperanza! ¡Bendito sea ese día! ¡Bendita la piedad de nuestros antepasados, que le ha consagrado un tierno culto! La misma Iglesia deja su severidad de matrona, para convertirse en risueña y candorosa virgen; y alegres son los oficios que celebra, alegre la música que los acompaña, alegres y sencillas las preces que eleva al Sagrario del Eterno!

Es preciso que sea muy intensa la desdicha que aqueja á un alma; es preciso que sea muy horrible la miseria que oprime á una familia, para que no se entregue á la expansion universal en ese día de gracia!

Porque esta fiesta es esencialmente la fiesta de los desheredados de la fortuna; para ellos parece que nació el Mesías divino en un pesebre; á ellos se dirige cuando carga sus hombros con una cruz, cuando espira escarnecido en el Calvario; á ellos parece que los llama cuando resucita triunfante y lleno de esplendor para remontarse á los cielos!

¿Qué tienen de comun los soberbios, los ricos, los dichosos, con ese Dios que crece entre las lágrimas, que vive entre los humildes, que muere entre dos ladrones?

¡Y por esto el pueblo se identifica vivamente con el Crucificado, y acoge con los trasportes de una verdadera alegría á ese Niño Dios que viene al mundo para guiarle con su divino ejemplo al través de las privaciones y las desdichas, y abrirle con su misma mano la mansion de aquellas delicias que no se agotan nunca!

Entre todos los pueblos de la tierra, ningún pueblo hay tan eminentemente católico como el español; ninguno que espese su alegría con más

inocente candidez; ninguno que conserve mejor en toda su pureza las sencillas tradiciones de sus antepasados.

Por esto, aunque la lluvia caía á torrentes en la capital de la monarquía, circulaban mil grupos por las calles, y por todas partes se oían cantos formulados por voces destempladas á veces, pero llenas siempre de alegría; por todas partes resonaban los tambores, chicharras y rabeles con que los niños celebran la venida del Dios Niño á la tierra.

En ese bendito día, el pobre, aunque gaste su último maravedí ó venda su camisa, celebra alegremente sus ruidosas bacanales en las calles, sobre tapices de lodo, sin apercibirse de la lluvia ni del cierzo que le azotan. ¡Hace un alto al menos en la escabrosa senda de su vida, y olvida siquiera por un instante su miseria!

¿Y cómo no ha de ser feliz ante el dulce cuadro que la más santa de las religiones ofrece á sus miradas? Una madre, un niño, un viejo: ¡hé aquí la bella personificación de sus creencias! Un niño que le sonríe, una madre que le tiende los brazos, un viejo que le promete su santo patrocinio. ¡Dichoso el pueblo sometido á tan dulce religión; bendito el Dios que le concede bastante idealidad para saber comprenderle!

No obstante, ¡ay! en aquella noche de gozo, había pobres, tan pobres, que permanecían ateridos en sus bohardillas sin tener pan, fuego ni abrigo; desdichados, tan desdichados, que sus corazones no habían podido responder á la chispa eléctrica de la universal alegría.

De este número eran los habitantes de un pobre cuchitril situado en un desvan de la calle del Ave María.

Era una familia honrada y virtuosa, pero á la cual parecía probar la adversa suerte.

Erasmus era un oficial de cordonero, muy querido de su maestro y de cuantos le conocían; pero una penosa enfermedad le había retenido en la cama durante ocho meses, y su jornal era el único recurso para mantener á sus viejos padres, su mujer, cinco hijos, y una hermana suya á quien un amor desgraciado había robado la razón.

El salario de un día, representa para el jor-

nalero el capital de su fortuna, del cual depende absolutamente su porvenir futuro.

Lo que pierde un día le sirve de rémora para muchos días; pero si pierde un mes, no tardará la miseria en sentarse á las puertas de su casa.

Esto era lo que le habia sucedido al pobre Erasmo.

Era la víspera de Navidad; era la noche sacramental destinada al regocijo, y su infeliz familia no tenia luz con que alumbrarse, ni un pedazo de negro pan que llevar á sus labios.

Erasmo se habia visto obligado á dirigirse ya muchas veces á su maestro y á sus amigos, y hubiera querido no volver á importunarlos; pero era tan imperiosa su necesidad, que haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, se decidió á recurrir de nuevo á ellos.

Hacia muchas horas que habia salido con este objeto, y no volvía.

Aquellos infelices estaban allí, acurrucados el uno al lado del otro, para calentarse mutuamente, silenciosos y cabizbajos, escuchando el monótono ruido de la lluvia, y los gritos de la multitud que circulaba alegremente por las calles.

La anciana habia escondido su blanca cabeza en el seno de su marido; su nuera tenia abrazados sobre sus rodillas á sus dos hijos más pequeños; los otros tres habian acabado por dormirse junto á la pobre demente, que sentada cerca de la única ventana, contemplaba con ojos estraviados la cenicienta bóveda del cielo.

¡Cuán largas son las horas pasadas en el sufrimiento! ¡Creían que aquel día no se acabaría nunca, y tan interminable les parecia la noche como el día!

Por fin resonaron pasos en la escalera, y todos aquellos entumecidos corazones estallaron de alegría. Juana, que así se llamaba la nuera, corrió á la puerta; los niños se despertaron dando gritos de contento.

—Una zambomba para mí, decia el uno.

—No; un conejito vivo, decia el otro.

—Yo quiero un nacimiento, añadía un tercero.

La demente soltó una sardónica carcajada,

como si comprendiese de lo que se trataba.

¡Aquellas eran las bellas esperanzas con las cuales los pobres niños habian adormecido el hambre durante todo el día!

Pero Erasmo no traía ni conejos, ni zambombas, ni nacimientos; venía pálido y calado de agua, y sus manos estaban vacías.

Además, no venía solo: detrás de él estaba un niño haraposo y vestido de un modo singular.

Juana retrocedió algunos pasos estupefacta; los niños se echaron á llorar.

Hubo un momento de angustiosa expectativa.

—Yo no sé cómo decírtelo, Juana, murmuró por fin Erasmo tímidamente; he llamado á todas las puertas, y nadie me ha respondido..... he llorado, he suplicado, y todo ha sido en balde; pero mira, yo no sé si te enfadarás..... tal vez tendrás razon..... Al pasar por la plaza de Bilbao esta tarde, habia una porción de saltimbanquis que hacian sus habilidades delante de mucha gente. Este niño era el más diestro:.... de repente, el pobrecillo se cayó..... El que tocaba la zampoña corrió tras él, y empezó á pegarle con tal furia que le derribó en el suelo. No contento con esto, para que se levantara pronto, le dió un puntapié y le tocó en el pecho..... El pobre niño se levantó arrojando sangre por la boca, y quiso escaparse; pero esto hubiera sido imposible estando rodeado de gente:.... yo adiviné su intencion, le cogí en brazos, y aquí estoy..... Dice que no tiene padre ni madre..... que jamás los ha conocido..... que una mujer que cuidaba de él, allá, no sé dónde..... le vendió á los pícaros beduinos. ¡Nuestros hijos no tienen pan; pero tienen al menos quien los quiera!

Juana se acercó vivamente el niño, por cuyas pálidas mejillas corrían dos gruesas lágrimas.

—¡Hijo mio! le dijo besándole; si careces de madre, aquí la tienes; si careces de hermanos, hé ahí esos niños que te querrán como si lo fueras. ¡Bendita la Virgen Santísima que te ha traído á las puertas de mi casa; bendito Dios que me ha dado tan buen marido! ¡Animo, Erasmo mio; Dios aprieta, pero no ahoga; cuando nos ha traído esta pobre criatura, aun más infeliz que nosotros, no querrá que no po-

damos ejercer la caridad en su nombre! ¡Animo, ánimo, mañana será otro día!

¡Venid, hijos, venid á abrazar á vuestro hermano; abuelos, hé aquí que os presento otro nuevo nietecillo!

Todos se acercaron al triste huérfano; to-

dos le llenaron de caricias; los niños, con curiosidad; los ancianos, derramando lágrimas.

El huerfanito nada decia; parecia próximo á desfallecer ante aquella inmensa felicidad inesperada.

—Ahora, añadió Juana con voz dulcisima,



La familia de Erasmo.

demos gracias á Dios por el presente que nos envia. ¡Pidámosle de corazon que mañana nos conceda el pan necesario á nuestra vida!

Todos se postraron y oraron con fé ardiente, incluso los pobres niños. ¡Oh, cuán bello era el espectáculo que ofrecian todas aquellas cabezas inclinadas, todas aquellas manos levantadas al cielo! ¡Oh, cuán sublime es la mision de la mujer que sabe revestirse con el triple manto de la fé, la caridad y la esperanza, y derramar consuelo y aliento sobre cuantos la rodean!

Los ancianos se retiraron á su miserable cuchitril con el alma llena de enternecimiento; los niños se durmieron con los brazos entrelazados á los de su nuevo hermano; los castos esposos apuraron durante aquella noche, que debia ser tan triste, todos los inefables goces que la conciencia satisfecha, y casi pudiera decirse santamente orgullosa de sí misma, proporciona al alma.

¿Y qué era lo que motivaba su contento? ¡Un pobre niño abandonado, con quien tendrian que repartir el escaso pan de su alimento!

¡Oh dichosos de la tierra, que derramais el oro á manos llenas para comprar hastío y remordimientos, no sabéis cuál es la maga que puede evocar el placer más puro y más inefable con su portentosa varita; no sabéis ¡ah! que con un solo óbolo, ella daria con usura sueño á vuestros párpados y dulce tranquilidad á vuestras almas!

Si deseais sentir una emocion santa, una felicidad parecida á la de los serafines, buscadla, buscadla por do quiera; *caridad* tiene por nombre!

Juana tenia razon: el que cuida del insectillo, no podria desatender al sér que crió á su imagen.

Lució el alba de Navidad; pero el alba esplendorosa y magnífica, dorando con sus refle-

jos de púrpura el hermoso azul del cielo, y brotó el primer rayo de sol, y la naturaleza estasiada prorumpió en mil himnos de alegría.

Aquel sol tan esplendente que venia á disipar con su luz las nieblas del día anterior, parecia ser el verdadero simbolo de Jesucristo, que vino á disipar todos los errores de la tierra!

Llamaron suavemente á la puerta de la bohardilla.

Juana se incorporó vivamente.

—Será la providencia! exclamó con su ilimitada fé.

Y la providencia era en efecto.

Una doncella del cuarto principal la traía en nombre de su señora un pollo asado, vino, una tarta y algunas moneditas de plata.

¡Ah, aquella era un alma cristiana, que aunque gozaba del mundo y sus placeres, no se olvidaba de los pobres!....

Juana, con los ojos inundados de lágrimas, corrió á abrazar á su marido: era mas feliz en aquel instante que un rey al ceñir su sien con la corona.

Los dos esposos permanecieron largo rato abrazados. De sus corazones subia hasta el Sagrario de Dios un himno más puro que el perfume del incienso que se exhala á los piés de los altares.....

Luego Juana se vistió y salió, volviendo al poco rato con algunas provisiones más y unos cuantos juguetes para los niños. ¡La habian costado tan poco, y además bien debian tambien los pobrecillos regocijarse con el nacimiento del Salvador del mundo!

¡Oh qué día tan feliz fué aquel para la honrada familia! ¡Qué mil sabores tenia el pollo, qué deliciosa era la tarta, qué perfume exhalaba el vino!....

Hasta la loca pareció recobrar un destello de su perdida razon, mostrándose tranquila y satisfecha.

Luego por la tarde quiso ir á la iglesia, para rogar á Dios por el ingrato que le habia robado la ventura y á quien la infeliz creia muerto.

Los demás fueron á paseo; los ancianos detrás, los niños delante, los castos esposos en medio. Los niños, armados de sus juguetes,

llevaban en triunfo al huerfanito, á quien su madre habia puesto el vestido remendado, pero limpio, de su hijo mayor.

¡Y qué tarde tan hermosa! El sol parecia de oro, el áura era perfumada, y hasta los árboles parecian destacarse con majestad sobre el azul del cielo. A derecha é izquierda pasaban los ricos ostentando lujosos trajes, hermosas damas muellemente reclinadas en los almohadones de sus coches. ¿Pero qué les importaba á ellos todo esto? ¿Qué les importaba ese lujo, que casi siempre encubre la ponzoña de las inquietudes sociales? Ellos sonreian, llevaban la cabeza erguida, bendecian á Dios, porque á pesar de su miseria encerraban un mundo de júbilo y poesia en su satisfecho corazon!

Sentáronse en unos bancos del Retiro; pero los niños no permanecieron sentados mucho tiempo, y empezaron á triscar aquí y allá jugando á mil diversos juegos.

Juana llamó al huerfanito y le sentó sobre sus rodillas.

—Hijo mio, le dijo acariciando su sedosa y blonda cabellera, sé bueno y quiérenos mucho: no te podemos ofrecer riquezas; pero si nuestro inalterable cariño ¡Ámame como si fuese tu madre; ama á esos niños como si fueran tus hermanos!

El huérfano, por toda contestacion lloraba.

—Dime, repuso Juana con ternura, ¿no conociste á tus padres?

El niño guardó silencio largo tiempo; luego murmuró en voz baja y trémula:

—Cariño! ¿qué es cariño? ¿Es acaso esta llama que siento abrasarme el pecho y que me hace reir y llorar al mismo tiempo?

—Eso es, dijo Juana sonriendo.

—Entonces, prosiguió el niño con mayor indecision, yo queria á la vieja mujer que cuidaba de mí, á pesar de que me repetia siempre: anda, enjendro del demonio, por no tener, no tienes ni aun padre ni madre! Esto me hacia llorar mucho..... ¿por qué....? yo no lo sé..... Y me pegaba porque preferia correr tras las mariposas á dar vueltas á su torno, y me encerraba dias enteros en el sótano sin darme de comer..... ¡Pero yo preferia estar con ella á

estar con los otros..... ¡Oh, cuánto daría por volver á mi pueblo y á mis montañas, aunque me hiciesen estar ocho dias sin comer!....

—¿Y están muy lejos de aquí esos lugares!....

—Muy lejos, sí, muy lejos..... ¡Hemos pasado muchos montes, muchos valles, muchas ciudades, y el mar..... Aguardad; mi casa se halla en la Lombardía..... ¡Oh! ¡cuán bello es allí el sol!.... Hemos estado en algunos países, en donde el sol siempre estaba escondido entre las nubes.....

—¡Pero tú hablas bien el español!....

—El viejo es gitano; gitano de Málaga..... he aprendido á hablar.....

—Pues mira, Dionisio, ¡olvida todo eso! ¡Ya que Dios te ha dado una familia, no pienses más que en quererla y ser dichoso! ¡Anda á jugar con los niños, anda!

Y Juana depositó un beso en su frente, impulsando al huerfanito, que se deslizó de su falda al suelo.

Luego, cuando el sol se fué ocultando tras los densos cortinajes del ocaso; cuando la brisa se fué convirtiendo en cierzo, la alegre familia volvió cantando á su bohordilla.

No se inquietaba por el mañana; ¿por ventura no cuida Dios del mañana de los pobres?.

II.

Brillaba otra vez el sol de Navidad, solo que entre este y aquel habian pasado veinte años. Madrid estaba tan alegre como en 1840, porque el sol derramaba por todas partes sus rayos de oro, y el resplandor del sol llena el alma de alegría.

La iglesia de San Ginés resplandecía con milares de luces, y el órgano llenaba todos sus ámbitos de melodiosos cantos.

Yo penetré en una capilla en donde se celebraba una boda.

Allí estaba la esposa, bella, modesta, ricamente ataviada, al lado del esposo, cuyo rostro espresaba una felicidad sin límites. Un poco más lejos estaban los ancianos padres y cuatro hermanos, que cambiaban entre sí miradas de alegría.

Cuando el sacerdote dió su bendición á los

recien casados, los dos ancianos se arrodillaron y alzaron fervorosamente las manos al cielo, para evocar también su bendición sobre las puras frentes de sus hijos.

Y luego, cuando se hubo concluido la piadosa ceremonia, todos se abrazaron con tiernísima efusión, todos derramaron lágrimas de ternura.

—¿Quién es esa familia que parece tan dichosa? pregunté á un viejecito que estaba sentado junto á mí.

Este se enjugó á su vez una lágrima, y me contó la sencilla historia que acabo de referiros.

—El recien casado es el infeliz huerfanito, —añadió luego con entusiasmo, —el cual, como veis, se ha convertido en un gallardo mancebo, y es uno de los abogados de más fama que encierra la corte, y acaso España. Desde que él entró en la pobre casa, la bendición de Dios entró en su seguimiento. Erasmo recogió una cortísima herencia de un lejano pariente; pero con ella pudo salir de su angustioso estado. El ingrato que habia labrado la desventura de su hermana, volvió arrepentido, y la demente recobró la razón con la felicidad, al unirse con él al pie de los altares. Por lo demás, Dionisio ha sido el sostén de su familia adoptiva; á su sombra se han colocado todos sus hermanos; por él la paz y la abundancia han rodeado á sus padres en sus viejos dias, y hoy la antigua bohordilla se ha convertido en espléndido palacio. Se ha casado con la hija de su bienhechor, y este enlace ha puesto el colmo á la ventura de todos.—¡Oh! sí,—añadió el viejecillo con creciente entusiasmo,—no es un vano axioma el que dice: que la caridad siembra granos de arena, y recoge granos de oro.

Angela GRASSI.

JESUS, MARÍA Y JOSÉ EN LA GRUTA.

Nos dice la historia que el emperador Augusto ordenó un censo general, con el fin de saber cuántos súbditos obedecían sus leyes. Pues bien: María, doncella hebrea de la estirpe de David, y esposa de José (honrado artesano de Nazaret), sube á Belén, ciudad montuosa de Galilea, para inscribirse en el censo. María estaba

obligada al cumplimiento de este decreto, porque sus padres eran de allí naturales. Nada importa que José y María lleven consigo el tabernáculo donde se guarda el ideal asunto de la grande Epopeya que se prepara. Está aún en el secreto; no se ve más que pobreza, humildad, y esto hace que estas dos personas vivan en un completo olvido, y que Belén no les ofrezca siquiera un albergue. ¿Y qué partido toman José y María, cuando ven que todo el mundo está en el ocaso para ellos? Se miran mutuamente, elevan sus ojos al cielo, se persuaden dulcemente, se resignan; y para no sentir ni aun el ruido de las hojas del bosque, buscan el silencio en el recogimiento de una gruta; allí se meten, viven y esperan en el secreto de Dios. María entra en el noveno mes de su preñez: el concebirás y parirás, anunciado por Gabriel, está ya en su término; la Virgen está de parto, y la sierva del Señor se manifiesta al mundo en el Encarnado, como una estrella en su esplendor, como la aurora que se anuncia sonriendo al día, jóvenes lectores: Jesús, la segunda persona de la divina Trinidad, sale del vientre de María sin que se menoscabe en lo más mínimo, á pesar de ser madre, su virginal pureza. ¡María brilla en su pureza, y al modo de los rayos solares que pasan por un cristal sin romperlo ni mancharlo! Apenas nace el nuevo Rey de Belén, nos dice la historia con el Evangelio, que unos pastores que estaban apacentando sus ganados en las pendientes, son invitados por un Ángel, y son los primeros en adorar al Salvador; también una estrella alumbra en el Oriente, y en pos de ella vienen magos de la Persia, ó más bien de la Arabia, para tributar homenaje al nacido en Belén, quienes entrando en la gruta, al punto que ven á Jesús, se prosternan y le ofrecen oro, incienso y mirra; hasta los irracionales, buey y asno, parecen allí discretos, y esto sin duda hace decir al Crisólogo que los magos se admiran al ver delante del Cristo á aquellos dos jumentos proféticos.

Nace Jesús, y todos los elementos á su modo dicen que conocen á su autor. Los cielos se abren, saltan de gozo; y conociendo que el Dios nacido es Dios del cielo, de mensaje le mandan

una estrella: por esto se ha dicho muy bien, que aun cuando Jesús nace en el seno de la oscuridad, por claridades milagrosas se hicieron sentir de un nuevo astro los resplandores; más tarde le conoce el mar: ¿y á su muerte? La tierra que tiembla, el sol que esconde sus rayos, que arrojan fuera de sí á los muertos que encierran; y por último, ¡las piedras y paredes que se abren! Nació Jesús, y con tan feliz nueva, se abren los coros divinos, y entre cánticos de Angeles oyese que se recorren los cuarenta mil velos que finge la poesía árabe, al través de los cuales se asienta el Eterno, y allí se admira al Dios Padre en las complacencias de su *amado é Hijo unigénito*. ¿Sabeis, mis queridos lectores, por qué este asunto es tan grande, tan sublime, tiene tanto de divino, y por qué Dios parece alegrarse tanto en el nacimiento de Jesús? Yo os lo diré: Jesucristo naciendo, honra escelerentemente la grandeza de Dios, de quien es enviado: anuncia la misericordia de Dios, de quien es la prenda, y asegura eficazmente la justicia de Dios, de quienes es la víctima. Ved aquí la idea de Dios grande, la idea de Dios misericordioso, la idea de Dios justo, realizadas en un desenvolvimiento armónico.

Dios y los Angeles fijan sus miradas en Jesús, María y José en la gruta: vosotros, niños, que sois los ángeles en la tierra, colocaos al lado de este sagrado ternario; vuestra compañía, no lo dudeis, es aceptable á los ojos de Dios, á los Angeles del cielo les servirá de alegría, y de grande contento al Niño Jesús, á la Virgen y á José el Esposo de María, y padre de Jesús en la tierra.

Casimiro CLAVIJO.

LA CRUZ DE PIEDRA.

(CONTINUACION.)

III.

Al emprender Ali la marcha, llevaba el infame proyecto de asesinar á Víctor antes de que llegase al castillo; pero este, que no hizo más que separarse un poco del atajo, siguiendo la misma direccion por medio de los sembrados, volvió á tomarle á corta distancia, llegando antes que el

moro á la fortaleza, y así burló nuevamente la refinada maldad del enamorado Alí.

Situándose este al pié de un corpulento árbol que se levantaba en un ángulo ó recodo del camino, se resguardaba detrás de él para no ser descubierto por Víctor, y perpetrar impunemente el crimen. Este árbol estaba en la vertiente de la montaña, y como á unos veinte piés de elevación de *la Cruz maldita*.

Alí era uno de esos hombres que se hallan en todas las religiones, que faltos de fé, se valen de la religion como de una arma de muerte. Descreídos, fanáticos é intolerantes en apariencia, todo lo sacrifican á la religion á que están afiliados.

Alí capitaneaba un puñado de hombres que, á la voz de Alá, talaban por pasatiempo los campos y sacrificaban mil víctimas inocentes.

Contrario en la idea general de sus correligionarios, que cifraban la dicha en el cultivo de los campos, dando estension á la agricultura, que era su fuerte, estaba Alí en continua lucha con amigos y estraños. Pero esta contienda, que se creía inevitable mientras no se proclamase un vencedor, fué debilitándose mediante la prudencia de los invasores y la resignacion de los naturales. El pueblo morisco, á escepcion de algunos pequeños bandos, que como el que mandaba Alí vivían del pillaje, era honrado y laborioso; y comprendiendo desde luego que su vida futura dependía de su union con los cristianos en la parte civil, no en la religiosa, procuraron estrecharla por medio del comercio.

Convencidos de este sabio principio de gobierno, derrotaron en una algarada á los perturbadores del orden, y estendieron un tratado de alianza, que aun cuando no se hubiese decretado la infausta espulsion de los moriscos, hubiera sido abundante en fruto para la religion cristiana, evitando al mismo tiempo los gravísimos perjuicios que venimos tocando desde ese baldon histórico, no vacilando en consignar que si la piedad la dietó, debía rechazarla la razon.

Hechas las paces, trocaron las armas por la azada, y empuñándola con vigor, abrieron esos canales de riego que nos admiran y sorprenden.

Alí, como otros, aunque en corto número en esta comarca, creía rebajarse dándose al cultivo de los campos, y prosiguió en la vida aventurera.

Enamorándose perdidamente de Zoraida, una noche que, advertido de la ausencia de Ben-Alando, escalara la casa de este por la reja de la cuadra con ánimo de despojarle de cuanto poseía, sorprendido por la mora en el acto de apoderarse de una arca que contenía los ahorros de su padre, ciego de despecho iba á inmolarse con su gumía, cuando al descargar su brazo cayó el arma de la mano y se quedó como petrificado contemplando á Zoraida. La belleza de la jóven le habia cautivado de tal manera, que dejando el arca á sus piés, exclamó:

—¿Por qué he de llevarme el dinero que encierra esa arca, si el tesoro que yo ambiciono le tengo en ti, encantadora mujer, divina huri? Llevándome cuanto posee el bueno de Alando, ¿qué consigo? ¡Nada! perderle y disfrutar cuatro dias de su oro. Pero llevándote conmigo..... ya es otra cosa, dijo Alí, dirigiéndose á la jóven con intencion de cogerla por la cintura y escapar.—Cargo con un tesoro inestimable.

—¡No lo permita Alá! exclamó Zoraida deslizando ligera al piso bajo por la pendiente de tablas que hacia veces de escalera.

—¡Oh! ¡detente si estimas en algo la vida de tus padres!.... dijo apresuradamente Alí con voz robusta y con acento que envolvía una amenaza de muerte. Detente, y juro por Alá, añadió, que sabré contenerme; pero si no escuchas mis ruegos.... ¡ay de Alando!

La encantadora Zoraida, que ya se habia repuesto de la sorpresa que la causara el hallar un hombre en el piso alto, y que trataba de llevársela á viva fuerza, recobrando la serenidad y valor de que estaba dotada, le dijo con entereza:

—Dime cuanto quieras desde ahí; pero si porfias en acercarte.... ¡antes que lo hayas efectuado me clavaré este puñal en el corazon! Y brilló en su mano un afilado puñal que sacó de la cintura.

Convencido Alí, por la resolucion con que fué emplazado, que se daría la muerte si avanzaba

hacia ella, retrocedió dos pasos, y con balbuciente voz la dijo :

—No usaré de la fuerza, no, para poseerte; me has cautivado con tus hechizos..... ¡y siento que nace en mí un sentimiento que hasta el presente he desconocido! Anhelo tu amor..... pero el amor del alma. En tu mano está hacerme feliz ó desgraciado.

Mirábale Zoraida con ojos que revelaban á las claras la indignacion y desprecio que la inspiraba, y Ali reflejando el fuego que ardia en su pecho; pero la jóven no tenia la desenfadada pasion ni el coraje de que le veia poseido; le despreciaba como un sér inmundo, desafiándole en silencio.

El bandido, que en otras ocasiones habria partido el corazon de la mora, sin pararse á contemplar lo que hacia, temblaba á su vista, y en vano hacia inútiles esfuerzos para hallar palabras que llegasen al corazon de Zoraida: viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, que la jóven solo desplegaba sus labios para ofenderle, que su posicion era violenta, que una palabra más haria estallar tal vez el volcan que comprimia, la dijo con cierta dulzura:

—¡Libre te dejo, hechicera mujer, realidad de mis sueños, ambicion de mi vida!.... Pero volveré por tu cariño, y ¡ay de tí si me le niegas!.... ¡ay de todos!....

Y sin añadir otra palabra, saltó por la ventana y se encaminó hacia el monte.

Contó Zoraida á su madre lo que le acababa de pasar, y confiando esta que con su prudencia desvaneceria el peligro que los amenazaba, le aconsejó que lo ocultase á su padre, temiendo que por ponerlos á cubierto del bandido las redujera más, reclusion que detestaban, pues algo conocedoras ya de la religion de los naturales, anhelaban la libertad de que disfruta la mujer cristiana.

Y como la mujer es el apóstol de la religion, la que mantiene viva la fé, la que recoge la flor é inspira el aroma donde le halla, íbase, aunque paulatinamente, infiltrando la religion de nuestros abuelos en las familias árabes, y en particular en la de Ben-Alando ó Fernandez, por medio de las mujeres, y acabara por ser adorada

igualmente por todos los mahometanos, á no haber encendido de nuevo el fanatismo el malhadado decreto de Felipe III.

So pretesto Ali de vender chucherías, se habia presentado varias veces en casa de Zoraida; pero como Alando, que era un moro honrado, desconocia el fin con que le visitaba, le recibia con agrado, más por tenerle propicio que por honrarle; que conocedor de su pasado, le temia en el presente.

Presentóse un dia que no estaba Alando en casa; no le era desconocida su ausencia; pero como hacia tiempo que buscaba una ocasion de ver á Zoraida y hablarla de su amor, consideró que conociéndole ya los criados no pondrian reparo en franquearle la puerta, mayormente cuando todos los objetos que vendia eran de mujer.

Efectivamente, tuvo su plan el éxito que se prometia; pero no fué debido á él, sino á los vivos deseos que tenia la madre de Zoraida de hablar con Ali.

Recibióle en cuanto llegó, y consintiendo que su hija estuviese presente en la primera parte de la conversacion, la despidió luego; y sin negar ni prometer nada á Ali, que la requirió de amores, le engañó de modo que salió el bandido de su casa lleno de amor y de esperanza.

Tranquila Zoraida por las seguridades que la dió su madre, se entregó nuevamente á la alegría que le faltaba desde la sorpresa del bandido; y descolgando el olvidado laud, entonó la trova que suspendió á Victor en mitad de su camino.

Resignado Ali con la esperanza que habia concebido, veia pasar los dias, que por su mal se deslizaban ligeros, sin presentarse en casa de Ben-Alando, temiendo disgustar á su mujer, que era su protector. Pero como la pasion habia tomado mayores proporciones, confiando en la futura posesion de Zoraida, todas las noches se hallaba rondándola, sin que se pudiese explicar cómo habia venido. Como la nocturna visita solia prolongarse hasta el amanecer, tuvo ocasion de observar que todas las noches á la misma hora se paraba un apuesto jóven debajo de la ventana de su amada, y que venia acompañado de dos criados. Esta detencion y alguna indis-

creta palabra que oyó decir al hidalgo al pasar por su lado en la oscuridad, le hicieron sospechar que era su rival; y moro celoso, juró por su Dios que le daría muerte si pretendía á su amada. Pero aunque no le faltaba valor y resolución para ejecutarlo, temía al mayor número, y refrenó la cólera para mejor ocasión.

Viendo que se sucedían los días y que no adelantaban nada sus amores, que el jóven cristiano parecía estar más enamorado de la cantora, trató de sobornar á los criados de Alando para que le ayudasen á matar al amante y robar á la amada, ofreciéndoles una buena cantidad de dinero. Fácil le fuera conseguir su propósito, pues ya es sabido el apego que tiene esa raza al dinero, á no ser por la vigilancia de la madre de Zoraida, que habiendo visto hablar cierto día á Ali con el más anciano de sus criados, desconfiando de este, no le perdía de vista un momento, y así fué que viéndole salir al campo aquella noche tempestuosa, con un enorme puñal, después de despertar á sus camaradas, sin que el más leve rumor amenazase algún riesgo, corrió á salvar al amante querido de su hija, que si bien no protegía, no turbaba sus castos amores.

Al volver Simon con los demás criados á casa, se encontraron con la imponente mirada de la mujer de Ben-Alando, que de pie y con un traje como el de su hija y en mitad del piso bajo, iluminado con la débil luz de una lámpara, parecía una estatua de mármol rígida y severa. Reprendióles con dureza por su mal proceder, diciéndoles que el abandonar la casa en aquella hora solo podía ser con un malvado fin, y les amenazó con decirlo á su amo y despedirles si no le prometían por Alá que volverían á la buena senda de que se habían descarriado. Prometieron hacerlo así de todo corazón; tal ascendiente tenía sobre ellos; y alguno hubo que maldijo á Ali y que juró volver contra él su guma si otra vez trataba de turbar la paz de sus amos.

Esto pasaba en casa de Ben-Alando, en tanto que Ali, apartándose del árbol en que se había ocultado, tendía la mirada al camino para ver si descubría á su víctima. Cansado de esperar, jurando y perjurando, viendo que no descubría

alma viviente, abandonó aquel puesto á los primeros albores del día.

IV.

Consecuente Víctor á lo ofrecido, permaneció sin salir del castillo durante tres días: los planes que echó para ver á Zoraida, no tienen cuento.

Levantóse el cuarto día alegre y animado; había concebido en sueños un proyecto, y quería realizarlo; mandó llamar al más jóven de los sacerdotes del castillo, y sin darle tiempo para que le saludase, le dijo:

—Padre Juan, si se os presentase ocasión de conducir una oveja extraviada al redil, ¿vacilaríais un momento en salir á su encuentro?

—No. ¿Dónde está? preguntó el padre Juan, dispuesto á ir en su busca.

—En casa de Ben-Alando; en aquella casa de humilde apariencia que se divisa desde aquí; contestó Víctor acercándose con el sacerdote á la ventana é indicándosela con la mano. —En esa casa vive la mujer que amo; traédmela, padre Juan, y me hareis feliz.

—¿Pero es mora la que amais? preguntó el sacerdote escandalizado.

—Sí, padre, es mora; contestó Víctor con pesar; pero purificadla; la quiero pura, cristiana.

—¡Ah, bien! exclamó el padre Juan, lleno de gozo; ¡ya os reconozco, hijo mio! Temí que el falso poder de la carne había avasallado vuestra razón. Es bella y encantadora de cuerpo, pero negra de alma la que amais..... pues bien, hijo mio, yo os la purificaré.

Marchaba el padre Juan á cumplir su misión apostólica, después de haberle besado Víctor la mano, cuando deteniéndose en el umbral de la puerta le dijo:

—Voy á cumplir con un sagrado deber; voy á difundir la luz divina ante sus ojos..... pero si esa desgraciada criatura no quiere contemplarla..... ¿me dais, Víctor, vuestra palabra solemne de que no la hareis vuestra esposa, que no manchareis el lustre de los barones de Almuñiz?

—Partid tranquilo, padre mio, que empeño mi palabra.

Salió el padre Juan, y Victor se sentó junto á la ventana contemplando la llanura, sin apartar la vista de la casa de Ben-Alando.

(Se continuará.)

Faustino BASTÚS.

PENSAMIENTOS Y MÁXIMAS.

Cada edad de la vida tiene sus goces, como cada estacion sus flores.

Entre los placeres, se deben escoger los que nos puedan ser útiles y no perjudiquen á nadie.

El placer es una flor delicada, que pide por consiguiente ser recogida con delicadeza.

Los placeres del corazon son más duraderos y dulces que los de los sentidos.

El exceso mata el placer; la moderacion, por el contrario, le hace más agradable y duradero.

Una reconvenccion pública ofende más que un insulto privado.

Haz bien, sin mirar á quién.

Nada penetra más dulce y profundamente en el alma, que la influencia del ejemplo.

Cada hombre lleva dentro de sí un severo censor de sus costumbres: el que respeta á este juez, raras veces hace cosas de las que haya luego de arrepentirse.

La piedra de toque sirve para conocer la calidad del oro, y el oro el carácter de los hombres.

La amistad es una alma que habita en dos cuerpos, un corazon que mora en dos almas.

(Aristóteles.)

EL GALLO Y EL PAVO REAL.

FÁBULA.

Dijo un día á las gallinas
El pavo real con disgusto:
—¿No veis ostentar al gallo
Paseándose su orgullo?
Y sin embargo, los hombres,
Que á mí de orgulloso mucho
Me han tachado, nunca he oído
Le hagan á él cargo ninguno.
—Proviene eso—las gallinas
Le contestaron al punto—
De que los hombres respetan
Siempre el bien fundado orgullo.
Virilidad, vigilancia,
Del gallo son atributos,
De los que se halla orgulloso;
¿Pero cuáles son los tuyos?
—Las plumas y los colores!
—¿Y aun llamas al hombre injusto?

José S. BIEDMA.

PEPIN LE BREF ROY DE FRANCE.

HISTORIQUE.

Pepin, roi de France, fut surnommé *le Bref* à cause de sa courte taille, que les courtisans tournaient quelquefois en ridicule. Cette licence venant à ses oreilles, il se détermina à établir son autorité par quelque exploit extraordinaire; et l'occasion s'en présenta bientôt. Dans un divertissement magnifique qu'il donna au public, il y eut un combat entre un taureau et un lion. Ce dernier, dans sa fureur, avait presque vaincu son antagoniste, quand Pepin, se tournant vers sa noblesse, dit: «Qui d'entre vous oserait aller séparer au tuer ces deux animaux furieux?» La seule idée les fit trembler; personne ne répondit: «Eh bien, ce sera moi,» répliqua le monarque. Sur quoi, tirant son sabre hors du fourreau, il sauta dans l'arène, alla vers le lion, le tua; et, sans le moindre délai, déchargea un si terrible coup sur le taureau, que la tête pendait par le dessous du cou. Les courtisans furent également étonnés de son courage et de sa force; et le roi leur dit d'un ton de hauteur héroïque: «David était petit, cependant il renversa le géant insolent qui avait osé le mépriser.»



LA VOZ DEL CIELO.

I.

Pastorcicas alegres,
Niñas galanas,
De la tranquila noche
Turban la calma.
De sus cantares
Ya los ecos repiten
Montes y valles.

—
¿Adónde á tales horas
Corren las niñas?
¿Adónde van sus novios,
Sus madrecitas?....

¿Qué es lo que dicen
Las flautas, los rabeles,
Los tamboriles?

—
¿Qué cantán esas niñas
Alborozadas,
Las virgencitas bellas
De la montaña?

—Oid, oid.....
Que ya cesan los sonos
Del tamboril.—

—
«Vamos, niñas, á la ermita;
Ved que ya brilla la estrella,
Y que van á dar las doce,

Y que el cura nos espera.
Oid, oid la campana;
Del cielo es la voz;
Diz que ha parido la Virgen;
¡Ay Dios, ay Dios!
Y qué niño tan hermoso
Es el niño de su amor!

II.

El labrador más rico
Que el valle tiene,
Mientras las niñas cantan,
Tranquilo duerme.
Al pié de un árbol
Sueña que está, que fértiles
Mira sus campos.

—
A despertar no llega;
Pero en su sueño,
Escucha melancólica
La voz del cielo.
Y es una queja
Que repiten las tórtolas
En la arboleda.

—
Labrador ambicioso,
Ven, por tu vida,
A cantar como cantan
Las pastorcicas.

Que aunque son pobres,
Su pobreza bendicen
En sus canciones.

— Ven, labrador, á la ermita;
Brilla en el cielo la estrella,
Y es que van á dar las doce,

Y es que el cura nos espera.
¿No escuchas esa campana?
Del cielo es la voz,
Que te anuncia el nacimiento
Del Hijo de Dios;
Del que da fruto á tus campos
Con sonrisas de su amor.

Eduardo BUSTILLO.



Los niños en Noche-Buena.

NOCHE-BUENA.

« Esta noche es Noche-Buena,
y no es noche de dormir. »

CANTAR ANTIGUO.

Bien dice el cantar : ¿quién es el que puede dormir ni conciliar el sueño en esta noche de bullicio y alegría en la capital de España?

Si algun predilecto de Morfeo consigue cobijarse bajo su manto, indudablemente que se despertará antes que cante el gallo al bom bombon bombon..... de la zambomba, ó al ras ras..... de la chicharra.

¡Cuántas vueltas no da en su cama el que por varios motivos no puede lanzarse á la calle á participar de la general alegría!

Es menester verlo para hacerse cargo de la algazara y movimiento que se observa en las

calles de Madrid, apenas se pierde el sol en el horizonte en la tarde del día 24 de diciembre. Por encanto se ven divagar grupos de artesanos entonando coplas al son de zambombas, chicharras y panderetas, cantando villancicos y pastorelas en alabanza del Altísimo, que se mostró encarnado á los hombres en esa noche que, en conmemoracion de su escelsa bondad, celebran los cristianos con músicas, cantares y alegría. Músicas que, á no ser consideradas por la piedad y la sencilla fé de los que las hacen, fueran impertinentes é intolerables por inarmónicas y altisonantes.

Desde que empieza el crepúsculo, se observan esta noche en Madrid cosas desusadas en el resto del año. Ya se ven salir de los cafés criados de servir con grandes jarros de leche de almendras para la sopa, regalo que hacen los ca-

feteros á sus constantes parroquianos, como remuneracion de los beneficios que reportan de su consumo durante el año; ya se ven cruzar de acá para allá olorosas besugueras, conteniendo los restos de algun soberbio pavo ó plateado besugo que ha de presidir el banquete del dia siguiente ó la frugal colacion de la noche, y tambien se nota gran movimiento en las tiendas de comestibles y plazuelas, como si les amenazase un largo sitio ó no se pudiesen proveer al siguiente dia. La fiesta de Navidad es la que se celebra con más magnificencia en todos los países: no se trabaja; no se compra; y en algunas casas, ni se guisa; se celebra el dia con lo que se preparó en la *Noche-Buena*.

El movimiento y animacion de las calles es la manifestacion de la que reina dentro de las casas. Por pobre que sea la familia, tiene su consabida sopa de almendras y el besugo; las cotidianas tertulias se convierten esta noche en cenas y colaciones, que bien pudieran llamarse éstas cenas, y aquellas opíparos banquetes. La colacion, como generalmente se llama á la cena de Noche-Buena, aun cuando tome mayores proporciones, como suele acontecer, es el pretexto y el medio para concurrir á la misa del Gallo. En la casa que hay chiquillos, ¡santa Bárbara! es cosa de no llegar, so pena de perder el tímpano del oido.

No hay soltero ó hijo de familia, si está en la corte, que no reciba una atenta invitacion de algun amigo para que les acompañe en la colacion. Como yo estoy comprendido en ambos casos, tocóme..... ¡por mi desgracia! asistir á casa de doña Verónica, amiga antigua por sus fechas, respetable señora, madre de D. Fernando y de doña María, esposa de D. Roque, y abuela de seis niños vivarachos y traviesos, sin distincion de sexo, á quienes mima y regala con largueza, pues tiene la bicoca de un millonaje anual de renta. No hay que decir si los tales nenes estarán provistos de chicharras, rabelles, zambombas, panderetas y cuantos instrumentos sonoros, pero inarmónicos, se tañen en obsequio del Señor. En la Noche-Buena, no solo van á cenar á su casa los nietos mencionados, sino que les acompañan los primos y los niños

de los amigos contertulios, estos y los papás de aquellos. ¡Para todos hay instrumentos sonoros; para todos hay estruendo!

No teniendo presente esta circunstancia, sin embargo que tuve ocasion de lamentarla en la Navidad del 58, acepté la invitacion, y me dirigí á la calle de la Montera á las once menos cuarto, presentándome un rato antes de la hora prefijada para la colacion, por no aparecer goloso ni descortés.

Llegué á la casa, habiendo encontrado grupos á centenares y tropiezos é impedimentos á cada paso. No veia el momento de llegar á la sala, huyendo de la algazara pública; pero..... ¡oh fatalidad!.... ¡Oh Verdi, quién tuviera tus esforzados oidos para resistir impasible el estruendo con que fui recibido! ¡Prefiero tu bombo y tu vibrante metal! Al tirar de la campanilla, atrajo esta á todos los chicos á la puerta; y recibéndome con su infernal murga, me aturdieron, me asordaron. Quedé clavado en el umbral de la puerta sin decidirme á entrar, pues entonces recordé..... ¡pero era tarde! que así me habian recibido los niños hacia dos años en igual noche; que así me habian despedido, y con igual orquesta me habian obsequiado durante las dos horas que duró la colacion. Eché una triste y compasiva mirada á mi alrededor, pues ya me habian cercado los muchachos, y ví con acerbo dolor que habian aumentado en número, y por consiguiente en instrumentos. Los que en el 58 no podian apenas con la teta, ya tocaban esta noche el rabel, ó tiraban con soltura y fuerza de la cuerda de una enorme chicharra. Iba á tomar el partido prudente de marcharme, cuando apareció doña Verónica, sus hijos y convidados, riendo la gracia y travesura de los inocentes niños, habiendo entre aquellos algunos que, como yo, maldecian por lo bajo la gracia que por educacion nos veíamos obligados á tolerar y celebrar.

Permitiéndoles doña Verónica que luciesen sus habilidades durante algunos minutos, que me parecieron siglos, y amonestándolos con dulzura, reprendiéndolos sin severidad, y riendo siempre sus gracias, consiguió al fin acorralarlos á un salon en que tenian dispuesto un Belen,

que con más propiedad se llamara Babel, pues allí todos hablaban á un tiempo, y tocaban á la vez, resultando un desacorde infernal imposible de describir.

La voz de autoridad era desoída en aquel recinto, no solo por insubordinacion, sino por imposibilidad de hacerse oír.

En vano la buena de doña Verónica, comprendiendo que los vecinos y amigos convidados no debían gustar de las delicias de los niños, especialmente los solteros, que despertaban en ella la consanguinidad, quería reducirlos al silencio, esponsiéndoles varias consideraciones:

—Esta noche es Noche-Buena.....

Entonaba todo el enjambre á la vez.

—¡Que no dejais dormir á los vecinos!

—Y no es noche de dormir.

—Pero tampoco se debe molestar á nadie.

—Hasta que nos den la cena

nos queremos divertir.

La pobre señora sudaba la gota gorda, pues los chicos la acosaban, las niñas cantaban y bailaban á su alrededor, y los convidados en vano tratábamos de distraernos del bullicio promoviendo una conversacion; no nos entendíamos con la algazara infantil.

Libróse por fin de sus manos la abuela, y salió prometiendo no volver á reunir en la vida á tantos chiquillos: la buena de doña Verónica se reía al mismo tiempo que les apostrofaba; pues si los padres aman á los hijos, mucho más quieren á los nietos, y traducen por gracias las travesuras, y las travesuras las juzgan manifestaciones de génio precoz.

Riendo y escogitando medio de reducirlos al silencio, llegó la esperada noticia de que la sopa estaba en la mesa. Aquí fué ella: todos, incluso la abuela y los papás, temían la presencia y consecuencias de los instrumentos en la mesa. ¿Cómo hacerles deponer los instrumentos, que eran más temibles para nosotros en aquellos momentos que las más agudas armas? A mí me cupo la gloria de concebir la idea y de llevarla á cabo: lo digo con orgullo: penetré en la sala del Belén, interesé su curiosidad con mis movimientos, y cuando calmó un tanto el bullicio, les dije sin exordio: Vamos á cenar. Tan

esperada noticia fué recibida con un clamoreo general de alegría; yo lo esperaba; dejé calmar el entusiasmo, y añadí:

—El que quiera comer sopa de almendras y besugo, que deposite su instrumento en esta sala, pues nadie saldrá con él: y con asombro general depusieron los rabeles, zambombas, etc. en las sillas y mesas.

El cumplimiento de mi intimacion no obstó, sin embargo, para que durante la cena sonase de vez en cuando debajo de la mesa algun ras..... como rana en alberca, en prueba de que algun niño inobediente se habia escondido una chicharra.

Gracias á mi ocurrencia, fué celebrada y bendecida la Natividad del Señor en paz y concordia, y tuvimos una cena de *Noche-Buena* sosegada y divertida.

A los postres, se les permitió recobrar los instrumentos; y entregándose de nuevo los niños á sus cantares y travesuras, nos fuimos los mayores á la iglesia de San Luis, que está en la misma calle, á oír la misa del Gallo. Así celebró el pueblo de Madrid, y nosotros, la *Noche-Buena*.

Faustino BASTUS.

HIGIENE DOMÉSTICA.

II.

VESTIDOS DE LOS NIÑOS.

¿Es acaso menos generosa la naturaleza con el género humano que con los brutos? Ciertamente que no; nosotros le usurpamos sus facultades.

Hasta la incomodidad de las criaturas nos enseña que se deben tener libres de toda presion; pues aun cuando no pueden espresar sus males, manifiestan por señas su desazon, aconteciendo que se ponen alegres y risueños al quitarles las envolturas.

Si consideramos que el cuerpo de una criatura es un compuesto de flúidos, conoceremos con evidencia el riesgo de cualquiera presion. Tambien los huesos son blandos y cartilaginosos, de modo que ceden al más leve esfuerzo, y to-

man con facilidad una mala figura que no se puede remediar despues. De esto resulta que vemos muchas gentes con la espalda levantada, el espinazo roto ó el pecho sacado, cuando al nacer eran tan bien proporcionados; pero tuvieron la desgracia de quedar desfigurados por las fajas y las vendas.

La presion que impide la circulacion, embarrasa del mismo modo la igual distribucion de la sustancia nutritiva á todas las partes del cuerpo; por cuya razon crecen con desigualdad, y una parte toma aumento escesivo, cuando otra se queda muy pequeña; y con el tiempo todo el cuerpo es desproporcionado y desgraciado. A esto se ha de añadir que, cuando las criaturas están oprimidas por el vestido, naturalmente se inclinan hácia aquella parte que les incomoda, y haciendo tomar al cuerpo una postura violenta, se adquiere una deformidad por hábito.

La deformidad puede proceder muchas veces de enfermedades ó debilidad, pero comunmente es efecto del mal uso de vestir las criaturas; de cada diez de estas se pueden atribuir las nueve á esta causa.

Un cuerpo contrahecho, no solo es desagradable á la vista, sino que la mala figura puede impedir las funciones vitales y animales y perjudicar al curso de la salud; por esto se encuentran pocos entre estos que la gocen buena y sean robustos.

Los nuevos movimientos que empiezan con la criatura, como la circulacion de toda la masa de la sangre por los pulmones, la respiracion, el movimiento peristáltico, etc., presentan otro argumento á la necesidad que hay de mantener libre de toda presion el cuerpo de las criaturas; estos órganos, que no estaban acostumbrados á moverse, dejan de hacerlo con mucha facilidad. Se podia encontrar un método más seguro de impedir estos movimientos que el de envolver el cuerpo con fajas y vendas tan estrechamente como se acostumbra en España sobre todo. Si se aplicasen del mismo modo al cuerpo de un adulto, y por el mismo tiempo, seria imposible que dejasen de viciar la digestion, y hacerle enfermar: ¿cuánto más se debe temer que perju-

dique á los tiernos cuerpos de las criaturas? Dejemos juzgarlo á cada uno.

ENIGMA HISTÓRICO.

ESPLICACION.—TOMA DE GRANADA.—SIGLO XV.

Los moros, dominadores de España durante ocho siglos, no poseian á la sazón más que la ciudad de Granada. La causa de su decadencia fué debida á las divisiones y partidos: los *Zegries* y *Abencerrages* se disputaban la nacion, y de otro lado, reuniendo Isabel de Castilla y Fernando de Aragon con su enlace sus Estados largo tiempo separados, se hicieron fuertes, y atacaron á los moros hasta sus últimas trincheras.

El Gran Capitan, Gonzalo de Córdova, asedia á Granada y la toma, imperando Boabdil, último rey árabe, el que se ve obligado á refugiarse con los restos agarenos en los montes de la Alpujarra.

Descuellan en Granada suntuosos monumentos, restos de la dominacion árabe, entre los cuales son de notar el palacio de la Alhambra y la fuente de los leones.

No se contentó Gonzalo con la victoria alcanzada sobre los moros: dió á sus reyes el reino de Nápoles, y batió á los franceses en Seminario y Cherignola.

El reinado de Isabel y de Fernando es célebre tambien por el descubrimiento de las Américas, que tuvo lugar el mismo año de la derrota de los árabes (1492), y por el nefasto establecimiento de la *Inquisicion* en España.

CUADRO ICONOLÓGICO. ⁽¹⁾

Una jóven sencilla y modesta, vestida de blanco, cuya apostura impone respeto, está colocada sobre una piedra cuadrada: tiene alas desplegadas, una pica, un cetro y una corona de laurel.

(*La explicacion en el número inmediato*).

(1) Iconologia: ciencia que tiene por objeto el conocimiento de las imágenes ó estatuas antiguas, etc.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Ramon Vicente.

MADRID: 1860.

IMPRENTA DE A. VICENTE, PRECIADOS, 74.